

confesor y declara su pecado oculto. Como la fama del milagro se hubiese extendido por todas partes, acudió mucha gente á ver aquella maravilla, y ella desde el lecho de muerte manifestó á todos el poder incomparable de María santísima contando por su orden cuanto queda referido, que de otro modo no se hubiera sabido jamas: despues inclinó blandamente la cabeza y se durmió con el sueño de los justos. Bien sé que estos son casos privilegiados y que de ellos no debe de sacarse otra consecuencia que esta: que si la madre de misericordia no puede consentir la perdicion de los que se precipitan de suyo, mucho mas deberá de cuidar de sus queridos hijos.

X. La conclusion de todo este discurso es que el último sello que nuestra buena madre pone á la predestinacion de ellos y el que los encamina en derechura al cielo, es la perseverancia ó penitencia final que no dejan de conseguir jamás por su intercesion, porque el decreto de su salvacion es irrevocable y no puede faltar la palabra del Espiritu santo: «Sabemos que todo aquel que es nacido de Dios, no peca; mas el nacimiento que tiene de Dios, le guarda, y el maligno no le toca (1);» es decir segun la atinada explicacion de S. Bernardo (2) que el que es nacido de Dios por la predestinacion eterna, no persevera jamás en su pecado de suerte que la muerte le sorprenda en él, porque la adopcion celestial le libra de esta desgracia final, y el decreto del que conoce á los suyos por la ciencia de aprobacion, no puede ser anulado, ni impedido. Pero no nos engolfemos mas en este discurso: en el capitulo XIII tendremos ocasion de hacer ver las maravillas de la caridad de la madre de Dios en asistir á los

(1) I Joann., V.

(2) Serm. 4 de diversis, de triplici cohærentia etc.

suyos en la hora de la muerte, que tan importante es para la salvacion eterna.

## SEGUNDA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de bondad de la madre de Dios.

### CAPITULO III.

QUE ES UNA MADRE DE AMOR PARA LOS SUYOS.

Lo primero que dice el Espiritu Santo en elogio de nuestra señora en el pasaje citado, es que es la madre del amor hermoso. Y á la verdad que no podia discurrir cosa mejor, porque esta es la primera prenda y la propiedad mas insigne de una madre. Asi entremos con gusto en este asunto deleitable, que nos hará ver á la madre del amor hermoso en su origen, en sus efectos y en sus calidades.

§. I.—Que la Virgen santísima es la madre del amor hermoso en cuanto al origen del mismo amor.

I. Discurriendo Pausanias acerca del amor en el banquete de Platon enseña que hay dos madres del amor, la una hija del cielo y la otra de la tierra. Aquella siempre se siente de su primera extraccion y de su antigua nobleza; esta como es de origen bajo, fácilmente se envilece. Aquella desprecia el cuerpo y forma una union indisoluble con el alma; esta no puede levantar sus pensamientos, ni contraer amistad mas que con el

cuerpo. Aquella es la madre del amor celestial y divino, esta del amor terreno y humano: aquella del amor espiritual, esta del sensual. En una palabra así como aquella es la madre del amor hermoso, esta lo es del feo. Dejemos á un lado esta mujer profana, pues tenemos delante á la verdadera madre del amor hermoso, que no es otra que la Virgen santísima segun testimonio del Espíritu Santo; lo que se conocerá mucho mejor, si podemos indagar el nacimiento y origen del amor hermoso.

II. El filósofo Sócrates trata de indagar en tres discursos de su discípulo Platon á qué debe darse propiamente el nombre de bello y belleza. La suma de su largo razonamiento es que la belleza no es sino una emanacion ó un rayo del hermoso rostro de Dios, que cayendo sobre alguna naturaleza criada le da un lustre y esplendor de gracia y donaire, ó si se quiere mejor, que es un círculo de luz, que saliendo del mismo rostro, origen de toda hermosura, pasa por la criatura para volver á su origen. Así cabalmente vemos que el sol hiriendo con sus dorados rayos á la nube preñada de agua deja impresa en ella su imágen, es decir, el arco iris, el hijo de la maravilla, que de pronto se vuelve hácia su padre para devolverle todo lo que es y hacerle homenaje de su belleza. Añade que este movimiento circular, en cuanto sale de Dios como de su punto, se llama belleza, en cuanto roba nuestros afectos, amor, y en cuanto vuelve á su origen, deleite. Reuniendo todos estos pensamientos decimos que el amor hermoso es el que procede de Dios como de la fuente de todo amor y belleza y vuelve á él como á su centro y último fin. De aquí se sigue que la madre del amor hermoso será la que haya bebido mas copiosamente en la fuente viva de amor y belleza para comunicárselo á sus queridos hijos y por este medio unirlos al origen de toda belleza y de todo amor: que

la madre del amor hermoso por excelencia será aquella que ame á sus hijos con un amor celestial y divino mas que todas las otras madres del mundo juntas, como que tiene mas union y parentesco que ellas con el principio del amor hermoso. Esto no puede ponerse en duda, si queremos recordar que ella es hija de Dios, madre de Dios y esposa de Dios, hija del Padre, madre del Hijo y esposa del Espíritu Santo, es decir, hija de amor, madre de amor y esposa de amor. Lejos de aquí todo pensamiento terreno mientras declaro el nacimiento del amor hermoso en la madre de él, pues se trata de un amor cuyo principio y fin es Dios y su objeto la Virgen de las vírgenes.

III. Si como dice el discípulo amado (1), Dios Padre es amor ó caridad (porque S. Agustin enseña (2) que de estos dos nombres ninguno es mas santo que el otro, y S. Dionisio da la ventaja á la palabra amor diciendo (3) que los apóstoles y sus primeros discípulos para desengañar al vulgo, que tomaba el nombre de amor en un sentido profano, la emplearon en las cosas divinas mejor que la palabra dileccion); si Dios Padre, repito, es amor; no nos es licito dudar que dotó ricamente de él á su querida hija la virgen Maria entregándola á su hijo único por esposa y madre juntamente. Con efecto pues el padre de toda hermosura dirigió este casamiento por amor, y por amor dió su hijo al mundo, por amor le unió á nuestra naturaleza, por amor le escogió una madre y esposa; no pedia la razon que las joyas y preseas fuesen de amor, la dote de amor, el tren de amor y del amor mas santo y divino que hubiese debajo de Dios; en una palabra que fuese ella la hija

(1) I. Joann., IV. (3) De divin. nomin.,  
(2) De civit. Dei, lib. 4<sup>a</sup>, cap. 4.  
c. 7.

del amor hermoso? Son muy flacos nuestros entendimientos para comprender semejantes tesoros: bástenos saber que Dios padre dota á su hija amada en favor de su hijo único, porque lo que de ahí se sigue, no puede explicarse.

IV. Ve aquí el origen primero del amor hermoso. El segundo que la hace aun mas propiamente la madre de tal amor, es la union ó mejor dicho la unidad maternal que tiene con su hijo, y que S. Pablo reconoce con razon por el segundo principio de amor. El mismo hijo de Dios dice por S. Lucas: «Fuego vine á poner á la tierra; ¿y qué quiero sino que arda (1)? ¿Qué tiene pues de extraño que el corazon de la madre de Dios se haya convertido en un horno de amor? S. Bernardo no lo duda, á no que, dice (2), haya alguno tan temerario, que niegue haberse convertido en entrañas de amor las entrañas de Maria, donde habitó nueve meses la caridad de Dios. El abad Guerrico dice (3) que la Virgen despues de dar á luz su único hijo no se quedó estéril, sino que produjo sin cesar frutos de amor y piedad: que el fruto de su vientre al nacer de ella la dejó en cinta de una inagotable dileccion; y que al salir de aquel sagrado recinto hizo manar en el huerto cerrado de la virginidad de su madre la fuente viva de bondad para refrigerio de las almas sedientas. ¿Me atreveré á decir que me parece que S. Pedro Damiano eleva aun mas su concepto y que su pensamiento tiene no sé qué majestad, cuando dice (4) que el Verbo divino, que era como la grosura del cielo, habiéndose derretido de un modo admirable en el casto seno de la madre de Dios inundó la tierra, regó el cielo y saltó hasta los infiernos; que

(1) Luc., XII.

(2) Serm. 4 de Assumpt.

(3) Serm. 4 de Assumpt.

(4) Serm. in Annuntiat.

allí el Altísimo y el infinito se anonadó para llenar nuestros corazones de abundantísima caridad: que allí como ante el altar santo recibió de su eterno padre la unción sacerdotal y salió para ser ungido segunda vez con el óleo de su preciosa sangre, por medio de la cual recibió todo el mundo una consagracion celestial. El venerable Eutiquio arengando á los habitantes de Constantinopla en honor de la virgen Maria decia (1) que no era de extrañar que fuese incomparable en bondad y benignidad, porque esta disposicion convenia á aquel á quien habia llevado en sus entrañas y que nos la habia preparado como un refugio seguro en todas nuestras necesidades. En una palabra; ¿qué mas puedo decir sino que viniendo el Salvador á este mundo para publicar y establecer una ley de amor dió la primera leccion á su madre santísima; pero con tanta perfeccion, que sobrepujó en un instante á los mas encumbrados serafines?

V. El tercer origen es el Espíritu Santo, digno esposo de la Virgen, el amor sustancial de la santísima Trinidad, á quien por esta consideracion llama la iglesia la fuente de vida y el fuego bajado del cielo, la caridad y la unción espiritual, que son otros tantos simbolos de lo que es, es decir, del amor santo. ¿Qué comunicacion de su caridad y aun lo que es mas de sí mismo no hizo á su castísima esposa, cuando se efectuó en ella el misterio de amor, que es la union del Verbo divino con nuestra naturaleza! ¿Quién podia hallarse, dice S. Buenaventura (2), que tuviera mas derecho á sus gracias y mercedes que su benditísima esposa, á quien debia de hacer madre del amor hermoso así como él era el padre? ¡Oh qué noble y qué santo es este nacimiento del amor hermoso! ¿Qué bello y divino es, pues viene de Dios, termina en Dios,

(1) In adorat. zonæ Deiparæ. (2) Specul. B. Virg., c. 6.

es de Dios, en Dios y por Dios solo! Cuando digo por Dios solo, no intento la exclusion de sus queridos hijos, en favor de los cuales fué tan abundantemente prevenida con las bendiciones de amor, sino solamente para que sepan todos que así como este amor tenia un origen celestial y divino, así tendia siempre á Dios como á su centro y al único lugar de su descanso.

§. II.—Que la Virgen santísima es la madre del amor hermoso en cuanto á los efectos del mismo amor.

I. Digo en cuanto á los efectos, porque de todas las pruebas que el amor puede dar de sí mismo, no hay otra igual á esta, siendo el amor como el fuego que no puede estar oculto. Así figurémonos la mejor madre del mundo, ó mejor dicho, imaginémonos una que tenga el corazón y el afecto de todas ellas: apenas juzgaremos que merece el nombre de madre, si la comparamos con Maria y si consideramos el cuidado y cariño con que hace todos los oficios de madre.

II. Empezando por el punto en que estas entran en posesion del nombre de tales, ella los concibe cuando dándoselos Dios como un don especial los recibe en el seno de su particularísimo afecto y de su amorosa conducta. Ella los lleva en sus entrañas y los forma poco á poco, cuando forma á Jesucristo en ellos para hablar con el Apóstol (1). «No te precipites á salir del vientre de tu buena madre, decía S. Agustin á un propósito semejante (2): tú eres verdaderamente concebido y por un oculto misterio naces en las entrañas de tu buena madre; pero aun eres carnal. Aguarda que seas formado, si no quieres ser arrojado como un aborto en vez de salir como

(1) Ad galat., IV. (2) In epist. ad galat.

una criatura de término. Si tienes paciencia para esperar que hayas llegado al estado de complemento, bien para tí: si por el contrario haces violencia á tu madre, ella te echará fuera; pero será mas en perjuicio tuyo que suyo: no porque nuestra buena madre piense decir como la de los Macabeos: No sé de qué modo os formásteis en mi seno (1); porque aunque sea un acto de la mano poderosa de Dios, no ha de creerse que ella no se emplee grandemente y con pleno conocimiento de todo lo que pasa respecto de los nuevos frutos de salvacion, cuyos tiernos afectos vacia para disponerlos poco á poco á ver el día claro y hermoso de la virtud. Durante ese tiempo no tenemos otro alimento que el que se saca de su propia sustancia, porque la madre, dice el mismo san Agustin, tiene que sustentar de su propia sangre al hijo que lleva en sus entrañas, pues este no es capaz de ejercer por sí ninguna funcion (2).

III. En segundo lugar nos echa al mundo, que es el lugar de nuestra peregrinacion, cuando nos hace ver los primeros rayos de la luz celestial y nos da á conocer el fin para que fuimos criados. Nos suministra su leche cuando difunde en nuestras almas los primeros conocimientos y siembra los primeros deseos de la virtud. El que pudiera acordarse de los dulces estímulos é impulsos que esta madre incomparable infundia en su alma infantil aun antes de llegar al cabal uso de la razon, ¿qué motivo tendria para decir que le debe beneficios inexplicables! Porque ¿quién podria declarar cómo se acomodaba ella entonces á nuestra capacidad, cómo amoldaba á nuestros flacos entendimientos los principios de virtud que sembraba en nuestras almas, cómo nos hacia reparar lo que veíamos y oíamos, cómo nos llevaba las palabras

(1) II Machab., VII. (2) De peccat. merit. et remis.

hasta el corazon, cómo disponia que fuésemos instruidos cuidadosamente, cómo impedia que en aquella corta edad fuésemos inficionados de malas doctrinas y que nuestra voluntad comenzase á tomar gusto al vicio? ¿Qué de ternuras maternales descubriríamos, si tuviéramos noticia de lo que pasaba entonces en nosotros!

IV. Ella nos lleva en sus brazos, cuando nos tiene bajo de su amparo y proteccion especial. Nos acaricia, cuando con dulcedumbres interiores nos convida á obrar bien, aumentando en nuestros corazones la confianza que quiere tengamos en ella. Nos enseña á andar, cuando nos pone en el camino de la virtud y hace que conozcamos las primeras dificultades de él. Nos sustenta con un manjar mas sólido, cuando experimenta nuestro valor probándonos con la tentacion ó con una ocasion peligrosa. Nos provee de lo que hemos menester, cuando con singular afecto proporciona todo lo necesario á nuestro aprovechamiento espiritual; porque aunque nuestro buen padre nos haya adquirido todos esos bienes, no obstante le deja la absoluta disposicion de ellos y quiere que todo lo que recibimos, pase por sus manos y sea un efecto de su buena voluntad para con nosotros. En fin nos guarda la herencia de nuestro buen padre y el suyo y la hace lucrar durante nuestra menor edad, hasta que nos entregue la administracion de nuestros bienes. ¿Por qué no he de decir de ella lo que dice S. Cipriano de la iglesia santa (1): que es la madre única de grandísimo número de hijos, que ella engendra sucesivamente por una fecundidad celestial: que le debemos nuestro nacimiento y somos alimentados con su leche y animados de su espíritu: que nos guarda para ser presentados á Dios y nos destina á la corona real que nos está preparada: en

(1) De unitate ecclesie.

una palabra que el que no reconoce por su madre á María, no debe de atreverse á llamar padre á su Dios? ¿Quién dará ahora un corazon filial á esos bienaventurados hijos de la madre de Dios para sentir como es debido el fuego de su cariño maternal? ¿Quién les purificará el entendimiento para juzgar de la santidad de estos efectos? ¿Quién les dará ojos espirituales para ver la hermosura de este amor? Dios mio, ¡qué hermoso es en todos sus sentimientos y circunstancias! ¡Qué pura es esta concepcion! ¡Qué casto es este parto! ¡Qué espiritual es este alimento! ¡Qué inocentes son estas caricias! ¡Qué celestial es esta educacion! ¡Qué eminente es este cuidado! ¡Qué divina es esta herencia, pues es el goce del mismo Dios! Abismáos en estas delicias, hijos afortunados de la Virgen, mientras paso á indicar las calidades del amor hermoso.

§. III.—Que la Virgen santísima es la madre del amor hermoso en cuanto á todas las calidades del mismo amor.

I. Si el amor de la madre incomparable es hermoso en su origen y en sus efectos, no lo es menos en sus calidades, como juzgareis despues que las conozcais.

II. La primera es ser extraordinariamente ardiente; lo que es fácil de comprobar por lo que se ha dicho antes acerca de su origen y extraccion.

III. La segunda que es sumamente cuidadoso y siempre en accion, siempre fijo en su objeto.

IV. La tercera que es muy ingenioso, inventando continuamente nuevos medios para darse á conocer.

V. La cuarta que es muy obsequioso, porque toda su satisfaccion consiste en hacernos bien.

VI. La quinta que es sobremanera caritativo y se compadece igualmente de todas las necesidades de los suyos, que no puede ver sin aliviarlas. Pero paso ligera-

mente todas estas calidades, porque mi intencion es examinarlas mas en particular en los discursos siguientes.

VII. La sexta que excede en dulzura todos los amores del mundo. «Venid, venid resueltamente á esta bondadosa madre, dice S. Bernardo (1): en ella no hay nada que huela á rigor, ni que infunda temor: ella rebosa en dulzura, por cuya razon nos la pinta el Sabio con la leche y con la lana en la mano.» Me gusta S. Ambrosio cuando la compara por este motivo con el maná (2), el manjar mas dulce de todos, maná virginal por haberle dispuesto los ángeles con sus manos, maná brillante y delicado; pero sobre todo maná que era una verdadera conserva de dulzura, porque contenia en si la de todas las viandas, aunque excepto eso no fuese mas que una tosca imágen de la dulzura del espíritu de la Virgen, la que teniendo que contentar á millones de hijos sabe no obstante dar á cada uno lo que necesita. S. Agustin la compara con la tierra prometida á los israelitas (3), tierra tan fértil en toda especie de frutos, que la Escritura dice para pintar su fertilidad que manaba leche y miel; pero quiere que el que ha hallado propicia á la Virgen, no busque otra tierra para morar, porque ella es la mas deleitosa mansion que el cielo ha prometido á los hijos de salud. Esto me hace temer por los que rebosan en fiereza y altanería, porque si me es dado asegurar de la madre lo que el Apóstol dice del hijo (4); á saber, que el que no tiene el espíritu de Cristo, no es de él, debe de inferirse que los espíritus altivos y fieros están muy distantes de esas calidades que pide á sus hijos la madre de bondad, y que si no procuran amansar su soberbio carácter, están en peligro de ser negados por la madre

(1) Sermo in *Signum magnum.*

(2) In psalm. XXI.

(3) Serm. 100 temp.

(4) Ad rom., VIII.

del amor hermoso; que es la mayor desgracia que pudiera sucederles.

VIII. La séptima es que es extraordinariamente firme y no se deja vencer por ninguna dificultad. S. Pedro Damiano, que podia hablar de esto por experiencia, lo declaró en los términos siguientes (1): «Señora, sé que eres bondadosísima y nos amas con un amor invencible á imitacion de tu venerado hijo, que nos amó con suma caridad en ti y por ti.» A decir verdad nos viene bien que su amor esté tan arraigado, porque ¿qué sería de nosotros si se dejara vencer en todas las ocasiones que le damos? ¿Qué de indiferencia y mudanzas experimentaríamos en el ánimo de nuestra buena madre, á quien cien veces en el dia damos motivo de apartarse de nosotros y de entibiar su cariño! Si fuera tan inconstante y veleidosa como nosotros; pronto la habieran alterado nuestra frivolidad, nuestra tibieza, nuestro olvido, nuestra falta de correspondencia, nuestras imperfecciones y nuestros pecados diarios, y hace mucho tiempo que hubiera roto con nosotros. Pero ella nos consuela en los Cantares diciendo que su amor es fuerte como la muerte, y el zelo que tiene por nuestro bien, es tan firme é incontrastable como el destino del infierno: que su ardor supera el del fuego: que todas las lluvias del cielo y todas las aguas de los rios no pueden apagar el amor que arde en su pecho; y que despues de hacer cuanto puede le parece que no ha hecho nada.» ¿Qué decis de este amor, queridos hijos de la Virgen santísima? ¿Qué deseo enciende en vuestros corazones para amarla de aquí adelante con un amor invariable?

IX. La última calidad del amor hermoso de la Virgen es que es eterno, porque lo que tiene de divino en su origen, lo tiene tambien en su duracion. Ella em-

(1) Serm. de nativ. Virg.

pezó en la aurora de nuestra vida y aun mucho tiempo antes que viésemos la luz material; pero no fué para concluir su amor con nuestra vida, sino para continuarle en todo el discurso de los siglos. Ella no cesará hasta que nos conduzca á la eterna bienaventuranza, donde gozaremos en ella, por ella y con ella de los sabrosos frutos de la felicidad perdurable que nos haya granjeado su caridad: allí aumentará su amor y estará exenta de todo temor por nosotros: allí el nuestro estará á salvo y sin recelo de experimentar mudanza: allí nos amará ella y la amaremos nosotros: allí nos hará conocer lo que ha hecho por nosotros, y la bendeciremos por siempre: allí será ella de nosotros y nosotros de ella, y todos seremos de Dios. ¡Oh admirables delicias! ¡Oh sabrosos frutos de amor! ¡Oh eternidad bienaventurada!

### TERCERA ESTRELLA

**ó grandeza de la corona de bondad de la madre de Dios.**

#### CAPITULO IV.

QUE LA MADRE DE DIOS ES EL FAVOR DE LOS SUYOS.

**E**l favor es el hijo primogénito del amor ó por mejor decir, es el amor mismo en cuanto es fuerte y vehementemente y se halla en una persona poderosa, v. gr. un monarca. Por lo tanto habiendo tratado del amor de la madre de Dios para con los suyos, me parece que debo de hablar del favor antes de pasar á las otras consecuencias del mismo amor y engolfarme en las demas grandezas de su bondad.

§. I.—Que la Virgen santísima es el favor de los suyos.

**I.** Como Dios es el origen del amor hermoso, tambien lo es del santo favor. S. Dionisio en el capitulo IV de los nombres divinos discurre excelentemente diciendo que el exceso de bondad que hay en Dios, le estimula á salir en algun modo fuera de sí para comunicarse á las criaturas produciéndolas, perfeccionándolas y refiriéndolas á sí, todo por un principio divino, que es su amor sumamente bueno, como que sale del sumo bien y termina en el mismo. Añade que la propiedad de este amor es causar éxtasis y arrobar al amante para transformarle en la cosa amada. Este éxtasis dice el apóstol de Francia que es causado por el amor no solo en las criaturas, á quienes hace salir de sí para unirlas á su criador como á su principio y única dicha, sino tambien en Dios, cuando por una admirable condescendencia y una estrechísima comunicacion de sus bienes se une de tal suerte á su criatura, que no se reserva nada que no sea enteramente de ella. Este éxtasis me parece tener tanta semejanza con lo que comunmente llamamos favor, que si no es el favor mismo, no sé á qué cosa se querrá dar este nombre. Juzgando por los efectos, ¿quién negará que no es un efecto de este éxtasis la eleccion que Dios hizo del hombre, la criatura mas baja de las racionales, para ensalzarle sobre los ángeles y hacerle sentar á su diestra, hasta tal punto que este favor fué capaz de introducir la envidia en el cielo? ¿Quién negará que no fué otro efecto del mismo éxtasis el que de todos los pueblos de la tierra sepultados igualmente en la ignorancia y el error fuese elegido y favorecido solo el pueblo hebreo, dándole su conocimiento, su ley, su culto y sus altares? «Mira que del Señor tu Dios es el cielo y el cielo de los cielos, decia